

POLITICA ECONOMICA

“La cambiamos o nos desintegramos”

En la dureza de la lucha diaria por la supervivencia, muchos veces nos encerramos en nuestra actividad habitual y perdemos de vista el contexto. Nos esforzamos por redoblar los esfuerzos, sin analizar qué estamos haciendo y qué nos conviene hacer, en función del escenario que nos limita y nos abrumba.

Entender el entorno de nuestra actividad nos debe ayudar a ser más eficaces en nuestro accionar, y eventualmente llegar a incidir en los espacios donde nuestra acción puede tener algún efecto. Esto es fundamental en momentos de cambios tan bruscos y profundos como los que vivimos hoy.

Qué está pasando en la Argentina?

La evolución de la situación económica en los últimos años, puede tomarse como una mezcla rara de rapacidad, miopía y absoluta carencia de sensibilidad social, por parte de quienes detentan el poder en nuestro país. Sólo así se puede llegar a entender el rumbo de las políticas impulsadas por los gobiernos de distinto signo que hemos tenido que sufrir los argentinos.

Si bien es cierto que desde mediados de los años '70 asistimos a la aplicación de un modelo neoliberal, impulsado por los sectores más concentrados y opulentos de la sociedad; lo sucedido en la década del '90 significó una profundización de las políticas concentradoras y excluyentes, y la demolición definitiva de la estructura económica y social que caracterizó a la Argentina en las cuatro o cinco décadas previas.

Los grandes grupos económicos, las empresas transnacionales radicadas en el país, la banca privada y los acreedores externos, fueron los exclusivos beneficiarios del festín menemista; dejando a los sectores mayoritarios con el sabor amargo de unas pocas migas que se cayeron de la mesa.

Pero esas políticas de destrucción y rapiña, que sólo pudieron mantenerse a costa de la liquidación de los activos del Estado, de la entrega del patrimonio nacional y del enorme endeudamiento externo, terminaron finalmente matando a la gallina de los huevos de oro. Y el aumento de la deuda externa tuvo como contrapartida una fuga de capitales al exterior por un monto similar.

Hacia finales de 1999, más de dos años de recesión ponían al descubierto grandes desequilibrios existentes en la economía argentina: un gigantesco desempleo estructural, un abultado déficit fiscal y un deficitario sector externo.

El gobierno de la Alianza intentó salir de la crisis recesiva y de la tenaza de los problemas estructurales mencionados. Pero lo hizo aplicando una política económica que no sólo agravó dichos problemas, sino que aceleró la caída al precipicio.

La clara orientación recesiva del ex ministro Macchineo (impuestazo, rebajas salariales, etc), se aceleró con su sucesor Domingo Cavallo, a partir de la llamada “ley de déficit cero”.

En un artículo que me publicara en esa oportunidad el diario "La Voz del Interior", aseguraba que después de tres años de recesión, la sanción de esa ley *"se trata en el fondo de una propuesta que no cierra desde ningún punto de vista. Es un delirio total. No es económicamente viable, no es socialmente equitativa, y no es políticamente sustentable en un marco democrático."*

Lamentablemente los hechos posteriores me dieron la razón. No se necesitaba ser un erudito para descubrir las nefastas consecuencias que esa norma inconstitucional le iba a acarrear a la sociedad argentina. Al insistir con medidas recesivas y antipopulares, el gobierno de la Alianza terminó entrampado en su propia y contradictoria política económica, que continuó beneficiando a los mismos de siempre, y perjudicando a las grandes mayorías.

Basta con mencionar que frente a la parálisis económica, a la rebaja del gasto social, de los sueldos públicos y de las jubilaciones; se produce una fuga masiva de capitales, que significó una sangría para el país de casi 20 mil millones de dólares durante el año 2001.

Duhalde y el autismo de los saqueadores

Los últimos cambios institucionales, más allá de las esperanzas y expectativas que pudieron haber generado, mantuvieron el rumbo concentrador y parasitario que caracterizó a la política económica argentina del último cuarto de siglo.

El bloque de los "devaluacionistas", hegemonizado por los grandes grupos económicos locales (con más de 120 mil millones de dólares fugados en el exterior y concentrando el 70 % de nuestras exportaciones), logró imponer su proyecto depredador, a costa de mantener una política hiperrecesiva y de aplicar ajustes permanentes sobre los ingresos de la población.

Pero ese sector privilegiado no se conformó sólo con la devaluación (que le abrió el camino para recibir una fenomenal transferencia de riquezas), sino que además logró que le pesificaran uno a uno la deuda en dólares que tenían con los bancos.

Esta transferencia no fue gratuita, sino que se logró a costa de los pequeños ahorristas que sufrieron un robo institucionalizado de sus depósitos, y de un mayor costo para el Estado (estimado en alrededor de 90 mil millones de dólares).

Llama la atención que las grandes empresas de comunicación, que destinan la mayor parte del tiempo y el espacio que poseen para denostar al gasto político, no informen sobre este saqueo fenomenal, que implica no sólo la imposibilidad de crecer, sino además la marcha acelerada hacia la desintegración nacional.

¿ Puede una economía crecer sin dinero circulante, sin la demanda de su población, sin incentivos para producir, sin límites al manejo arbitrario y oligopólico de los mercados por parte de las grandes empresas, sin destinar más recursos para la educación y la investigación, y expulsando al exterior a sus científicos y profesionales ?

¿ Puede un país, por más rico y poderoso que sea, sobrevivir a las sistemáticas políticas recesivas, a la entrega gratuita de sus mercados, al saqueo masivo de sus riquezas, a la desintegración de su industria, a la quiebra de sus pymes, a la ruina de sus pequeños productores ?

¿ Puede una sociedad considerarse civilizada, si condena a la exclusión a más del 80 % de su población total, si deja sin empleo ni posibilidades de ingreso a más de la mitad de su población activa, si condena al hambre y la miseria a la mayoría de sus niños y sus jóvenes, si abandona a sus ancianos y a sus enfermos y los deja morir ?

¿ No se dan cuenta los saqueadores que al continuar con la lógica depredadora y genocida que vienen impulsando, va a quedar sólo la tierra arrasada y cada vez habrá menos para saquear ?

Una nueva sociedad

A pesar de todo, se vislumbra la esperanza. No en el gobierno actual ni en sus políticas continuistas. No en el viejo sistema político que actúa en función exclusiva de los intereses del poder económico.

La esperanza está en los nuevos movimientos sociales. En los miles y miles de personas que se movilizan todos los días para reclamar por lo que les corresponde legítimamente. En el regreso a la unidad para enfrentar y resolver problemas comunes. En las nuevas formas de expresión popular. En el protagonismo de la gente común, que busca alternativas de supervivencia.

Debemos construir un nuevo escenario, propicio para el desarrollo con equidad y sustentabilidad. Desde lo local y desde los pequeños emprendimientos. Desde las políticas activas, que prioricen a nuestras pymes, a la educación y la investigación. Donde el acento esté puesto en la gente, y la economía esté al servicio del ser humano (y no el hombre al servicio de los intereses económicos como hasta ahora).

Para ello, debemos apostar sin dudas a un cambio drástico y urgente de la actual orientación de la política gubernamental, que asfixia a la actividad productiva, que genera más desocupación y que fabrica nuevos pobres a una velocidad supersónica. Los depredadores nunca se conforman, y si no le ponemos freno seguirán.

Aunque nos digan que es el único camino, otra política es posible. Con un férreo control de las divisas por parte del Estado, una drástica reforma tributaria que haga más progresivo el sistema, un seguro masivo de empleo y formación, un plan urgente de promoción de las micro, pequeñas y medianas empresas, de fomento de las economías regionales, y de recomposición del federalismo.

Si no logramos cambiar el rumbo, el riesgo de la desintegración será cada vez más inminente. Nadie nos regalará el futuro. Todo dependerá de lo que hagamos ya, si queremos construir una nueva sociedad que nos incluya a todos.

Luis Lafferriere